

De teatralizaciones, escenarios y artificios: Lima en “Ciudad de Payasos” de Daniel Alarcón

Cynthia Vich

Associate Professor

Dept of Modern Languages and Literatures

Fordham University

vich@fordham.edu

Mi lectura de este cuento establece una serie de analogías entre la identidad de la ciudad de Lima y la del payaso ambulante que trabaja en sus calles. En “Ciudad de payasos”, el protagonista es un sujeto desorientado que ante un momento definitorio (la muerte del padre) siente la presión de “ubicarse” como sujeto. En consecuencia, empieza a negociar quién es (o, más bien, quién va a ser) transitando simbólicamente por su historia vital a partir de las equivalencias que establece entre personas y espacios. Es así como lugares como la tierra de origen de su madre, o barrios limeños a los que asocia con su padre o con sus amigos infantiles, se entrecruzan simbólicamente para interpelarlo con mandatos de identidad que se le presentan como distintas hojas de ruta. En este escenario, su trabajo como periodista le exige hacer un reportaje sobre los payasos callejeros y entonces se ve obligado a vestirse de payaso y a unirse a éstos en su trabajo cotidiano. Durante esta experiencia, la identidad del payaso callejero se le ofrece al protagonista como una *posición* desde la cual éste decide *ser* y *habitar* Lima de una forma que ve como más honesta, digna y efectiva que las que conoce hasta entonces.

Lima y el payaso ambulante confluyen así en la desmitificación de cualquier voluntad de identidad heredada y en su reemplazo por una performatividad que deja de lado cualquier preocupación por el origen, para apuntar únicamente hacia la efectividad de los resultados y el destino común: la supervivencia. El payaso nómada, como la Lima del sujeto de origen migrante, se definen por su carácter de *acto*: ambos son la construcción de una forma de sobrevivir – de ganar dinero, de tener éxito - a través del distanciamiento y la reinención. La urgente necesidad del beneficio a corto plazo (unas cuantas monedas en el saco, o el paisaje “a medio hacer” de las casas de tantos barrios limeños) se vuelve así instrumento de una forma de empoderamiento que aunque exiguo, parcial e incompleto, logra desplazar temporalmente el sentido de humillación y le otorga cierta dignidad al sujeto. Sacándole partido a la burla y apropiándose de lo que desde fuera se ve como el absurdo de la caricatura, payaso y ciudad se afirman y sobreviven, ganando sus pequeñas batallas gracias a su propia espectacularización. Sin embargo, estos triviales triunfos cotidianos pasan factura: el sujeto, la ciudad, no pueden evitar sentirse a veces como los restos de un patético proceso de devaluación. Dolorosamente, la sensación de precariedad siempre asoma.